

Anuncios económicos

ALQUILERES Y TRASPASOS
-Traspaso de una tienda de tejidos y mercaderías en buenas condiciones y sitio céntrico. Infor...

-Se alquila una hermosa bodega, con muy buena luz. Informarán: Hernani, 4.
-Traspaso de una tienda de tejidos y mercaderías...

COLEGIOS Y ACADEMIAS
-Locaciones de francés por profesores de la Universidad de Francia. Dirigir: M. Miguras. Escuelas francesas, Paseo de Francia.
-Tiendas y clases de francés por profesor francés...

-Bomba centrífuga para elevar de 200 a 300 litros de agua por minuto, se vende en muy buenas condiciones. Informar: esta Administración.
-Venta de un hermoso gramófono con 30 platos...

-Practicante de Farmacia con experiencia práctica y referencias satisfactorias, se necesita en la Farmacia de Donostia.
-Planchadoras. Hechas falta buenas obreras en la tintorería de Francia, barrio de Gros.
-Agencia de criadas y noticias...

-Se venden jerseys tapizados, mesas de cocina, a precios muy arreglados. San Sebastián, 28.
-En la casa Gral. Jauregui, 8, taller, se arreglan jerseys, tapizados, hace nuevos y modifi...

GRAN CASINO DE SAN SEBASTIAN
Dos conciertos diarios de 5 a 7 de la tarde, de 9 y media a 11 y media de la noche. Clásicos los martes. Artísticos, miércoles y viernes. Baile-cotillón, jueves y domingos. Baile de niños con tómbola, jueves y domingos. Restaurant de primer orden. Afternoon tea todos los días a la hora del concierto.

HELADO
preparado con agua potable purísima, del manantial que abastece las fuentes públicas del barrio de Lasarte
Puntos de venta
Calle de Andía, número 4, comestibles.-Calle San Martín, número 46.-Calle de Zubieta, número 11
A los pueblos situados en las líneas de San Sebastián a Bilbao y de Málaga a Zumárraga se remite de la fábrica
Diríjanse los pedidos a D. LUIS PALACIOS.-LASARTE

Folleton de "LA VOZ,"
24 de Julio de 1913
80
Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona
SIN MADRE
Novela inglesa original de HUGO CONWAY
Versión española de FRANCISCO CARLES
Su marido de oprobio y deshonra.
contuve mi indignación y me limité a decir con triste acento:
-Más adelante volveremos a ocuparnos de este asunto.
No! ¡Nunca! ¡Jamás!-replicó mi padre refiriéndose otra vez en su sillón.
Quedé al lado de la ventana acordándome de lady Estmere, de Claudia y de lord Rothwell.

Si os dabame mucho que mi padre tuviese la debilidad de dar crédito a los infamantes...
-¿Y cómo escribirías a Claudia tan penosa noticia? Al poco rato me apercebí de que alguien se acercaba a la casa por el camino de los acantilados, y el estruendo de alegre canción, llevada por el viento, llegó a mis oídos. Antes de que pasasen muchos minutos, Valentín iba a presentarse allí, y era necesario a toda costa poner a mi padre al corriente de la situación.
Apelando a todo mi valor, le dije:
-¿O acordáis, padre mío, del artista al que encontrasteis al atravesar la lancha? Debi haberos dicho desde el principio que era amigo mío y huésped nuestro, y que es además el hijo de lady Estmere.
Mi padre se inmuto y sus labios temblaron a impulsos de la emoción. En cuanto pudo hablar me respondió:
-Tened presente—replicó—que debe marcharse mañana.
-Pues bien, no saldré de mi cuarto hasta que se haya ido.
Se puso en pie al decir estas palabras, y al llegar a la puerta añadió:
-¿Decís que ese individuo es amigo vuestro?
-Mi mejor amigo.

-Cuando me marché de Inglaterra estaba tan orgulloso de vos como un padre puede estarlo de su hijo, y a mi regreso averigüé que estáis comprometido para casaros con una joven que pertenece a una familia que tiene tacha, y que vuestro amigo más estimado fue un bastardo!
-Dicho esto, abandonó mi padre la biblioteca, mientras yo me preguntaba si no tales. ¿Eran los Norris personas de clase tan elevada y de intacata reputación? Sali al encuentro de Valentín, al que encontré sentado en el banco del jardín teniendo a su lado los útiles de pintor.
-¿Y bien! ¿Qué hay de nuevo, Felipe?
-El viajero está ya de regreso?—me preguntó.
-Sí, llegó sin decir siquiera allá voy—respondí.
-Pues entonces os apuesto a que era él aque que encontré en el camino dirigiéndonos a Torwood. ¡Qué hombre más amable! ¡Y qué bien conservado, está! ¡Mucho cabro que está de vuelta! Como es natural, ya le habréis hablado de su futura nora, pues su llegada no puede menos de apresurar la realización de vuestros deseos. ¡Con tal que este acontecimiento no trastorne a la señora Lee y la haga olvidar la cocina! Porque a la verdad, estoy muriéndome de necesidad.
Entramos en casa, y nos dirigimos en seguida al comedor, en donde estaba ser-

vido el almuerzo. Valentín buscó con la mirada al amo de la casa.
-No vendrá, Felipe, vuestro padre a reunirse con nosotros? Se me hace tarde para trabajar con él más íntima amistad.
-Se marchó a descansar.
-Pues se me figuró, cuando le encontré hace poco, que no estaba cansado. Después de todo, quizá será preferible que no asistiera al almuerzo, porque puede que se cansara al ver mi aspecto.
-Advertí que yo apenas tocaba los platos preparados para la señora Lee, y me dijo:
-¿Qué! ¿Es la alegría lo que os quita así la gana de comer?
-No, amigo mío, no es la alegría, sino todo lo contrario, pues experimento la más grande de las contrariedades. Me hallo en un estado tal, que apenas puedo coordinar mis ideas.
-¿Y en qué desahogad vuestro quebranto mejor que conigo?
-Sabed, Valentín, puesto que es preciso que os lo diga, que mi padre no quiere veros.
-¡Bah! Lo siento mucho.
-Y yo también.
-Pero no quiero saber nada, Felipe, porque estoy resuelto a marcharme inmediatamente a Torwood.
-¿Cómo! ¿Es posible? ¡Hoy no marcharéis!
-Sí, por cierto. Voy a cambiar de traje porque no puedo presentarme ante el mun-

do civilizado con este atavío. Os suplico que me enviéis mi equipaje y mis cuadros teniendo en cuenta que estos últimos aún no están secos.
Por más que el insulto recibido debió de entorpecerle, supo Valentín contenerse y permanecer silencioso. En aquellas circunstancias, su conducta probó que aquellas miraduras frías en apariencia, era en el fondo más grave de lo que aparentaba. Se separó de mí para ir a hacer sus preparativos de viaje, y no tuve valor para acompañarle. Volvió al poco rato, y estaba muy pálido, pero sonriente, y me dijo con tono afectuoso:
-Creo indigne manifestaros, amigo mío, que de ninguna manera os hago responsable de las ideas, ó mejor, de los prejuicios de vuestro padre. No quiero marcharme sin despedirme de la señora Lee. Dad órdenes para que lo digna que venga.
Al entrar en el ama de gobierno de la marcha precipitada de nuestro huésped, exclamó:
-¡Qué desgracia que el señor Valentín tenga que marcharse precipitadamente el día en que llegó el amor!
-Sí, por desgracia—contestó Valentín.
-Bien debéis saber, señora Lee, que los negocios son siempre los negocios. Suponed que el príncipe de Gales me envió a buscar para que le haga el retrato.
-¿Es verdad, señor Valentín?
-Adios, señora Lee, y gracias por vuestros cuidados, y sobre todo, no os olvidéis

de mandarme a Londres la receta de esos guisos exquisitos que me disteis a probar aquí.
Al salir de Torwood, conservaba su acostumbrado aspecto sonriente; pero yo sabía muy bien que como suele decirse vulgarmente, la proyección andaba por dentro. Acompañé a mi amigo hasta la estación más próxima, y por el camino cambiáramos muy pocas palabras. En la granja tomémos un coche, y le acompañé hasta Minehead, y en el momento en que íbamos a separarnos, le dije:
-Confío en que este contratiempo no sufrirá en lo más mínimo nuestra amistad, ¿no es cierto?
-Nuestra amistad no sufrirá nada por esa causa pero en cuanto a vuestras relaciones, es otra cosa. Dicho se está que habréis enterado a vuestro padre del proyectado enlace con Claudia.
-Sí.
-¿Y bien?
-Que no quiere darme su consentimiento.
-Y sin duda lo hará por idéntica razón a la que tiene para no verme—dijo Valentín.
-Por favor os ruego que no insistáis más. Quiero creer que todo se pondrá en claro algún día.
-Éso día ¡ahí! hace veinte años que lo está esperando una pobre mujer a la que vos y yo conocemos... ¡Adios, Felipe! En Londres nos veremos. ¡Ahí! ¡Por qué no